

LA NUEVA BELLE EPOQUE

EUROPA Y SU LARGO FIN DE SEMANA

Ha quedado en la memoria de nuestros mayores un mito añorado, por los más cultos llamado *belle époque*, por los más sencillos: «tiempos normales». La *belle époque*, limitada a su circunstancia parisina, parece ligarse a dos períodos históricos distintos: al de finales del siglo XIX y comienzos del XX o bien al período de entreguerras, entre 1920 y 1936. Aquellas épocas conocieron una paz europea, una «paz burguesa» de apariencia que todos sabemos cómo acabó: en dos guerras mundiales. La primera *belle époque* era un producto del optimismo imperialista. Las cosas en las “colinas” iban bastante bien, vivir, de pequeño burgués para arriba, era cosa fácil y en tales condiciones la alegría salía a la calle del brazo de las cupletistas, de los escándalos del París nocturno —alimento frívolo de Europa—, de las últimas singularidades de los últimos románticos, del optimismo progresista confiado en la omnipotencia de la técnica. Después Alemania quiso su tajada del botín colonial y de la noche a la mañana, sin saber muy bien cómo, la *belle époque* se fue a paseo y Europa fue a la guerra a los acordes del tango y el corsé apretado sobre senos de *belle époque*. Después de la guerra, la paz. Las cosas se habían complicado. Rusia era un Estado comunista y los Estados Unidos eran ya algo más que la ex colonia de Gran Bretaña; era una potencia industrial que, por ayudar a ganar la guerra a Francia e Inglaterra y Rusia, reclamaba también su tajada en el botín. Europa se llenó de organizaciones comunistas, de veraneantes americanos que descubrieron la Costa Azul y de cantantes negros de jazz, verdaderos agentes extranjeros al servicio de la melancolía. Y Europa bailó el charlestón y deseó comprar un negro para bailar el charlestón. Seguían existiendo las colonias, pero no había tanto optimismo colonial, entre otras cosas porque en las colonias los movimientos nacionalistas empezaban a ligar la idea de nación con la de pueblo y la revolución nacionalista se trocaba en social. Europa bailaba el charlestón y sus intelectuales o bien reaccionaban violentamente y se pasaban al racismo y al fascismo, o bien repudiaban su cultura burguesa y se convertían en propagandistas e incluso activistas comunistas. Algunos se fueron a ayudar a las revoluciones nacionalistas asiáticas y árabes: Malraux, Lawrence, Koestler, etc. Pero eran actos esporádicos de minorías inconscientes o conscientes. Mientras tanto, las muchachas europeas bebían vinagre porque estaba de moda la palidez y las ojeras y Greta Garbo les brindó la reivindicación de ser mujeres «con problema», en fin, Monicas Vitti de los años treinta en espera del «extranjero», de ese hombre imprevisto y exótico que sustituía al «príncipe azul» de las abuelitas. Los católicos empezaron a agitarse en serio y sentaron las bases del hoy llamado «aggiornamento». Leer hoy un texto de Emmanuel Mounier es como presenciar el cuadro de la crisis europea de entreguerras asimilada confusa y honestamente por un católico. Mientras tanto en Rusia se desarrollaba un potencial industrial extraordinario y en Estados Unidos, Henry Ford presentaba sus tesis sobre productividad y beneficios obreros; en la práctica su organización industrial sorprendió a todo empresario europeo e incluso a muchos sectores de la izquierda que vieron en el fordismo una fórmula de organización de las relaciones entre capital y trabajo, por encima de la oposición capital-trabajo. Pocos se sabían cuenta de que Alemania seguía sin colonias y sin mercados estables y que por el contrario su infraestructura económica la lanzaba a la superproducción y a la necesidad de mercados. El americano y lo americano, sus grandes millonarios y sus espectaculares crisis, su espíritu de iniciativa y su colosal ingenuidad, eran el espectáculo de Europa. Gramsci escribía por aquellas fechas que la conciencia de Europa adoptaba una posición relajada y negligente ante el fenómeno del americano: «... se ríen de él, se divierten de su mediocridad, de su ingenuidad, de su modo

de pensar en serio, de su mentalidad estandarizada. No se plantea siquiera el problema: ¿existen Babbitts (tipo de americano medio) en Europa?». El coronel De Gaulle por entonces debía de pensar lo mismo, pero desde una postura de aristocracia cultural. No habíamos hablado de ella. Pero en Europa existía y existe esta postura.

1945-1965

Después hubo otra guerra que perdió Europa, más que nadie. Estados Unidos y la URSS la ganaron y el malestar, vagamente consciente, de Europa, tuvo pronto nombre. Y la Europa de la que hemos estado hablando ya puede tenerlo ahora. No hemos hablado de una Europa en abstracto, sino de la Europa representada por la clase que detenta el poder político: la clase media y el nombre de su malestar es “pérdida de hegemonía”, pero no en abstracto, sino sobre el suelo. Y sobre el suelo Europa asisitó entre 1945 a 1960 a la liquidación de su imperio político. Allí donde pudo se aseguró el imperio económico, el mercado para sus excedentes, el lugar para sus inversiones. Pero para ello tenía que rendir una diaria batalla contra la infiltración del capitalismo americano y la expansión de la revolución nacional y social, activada más que nadie por el comunismo nacional e internacional. Por otra parte, la reconstrucción de Europa se había hecho en gran parte a costa del dinero americano y este dinero estaba invertido en empresas francesas, alemanas e italianas. La prosperidad renació a costa de la hegemonía. En estos quince años han pasado más cosas importantes que en un siglo anterior. Ninguna tan importante como el establecimiento del equilibrio del terror, del equilibrio atómico. Vagamente, entre la juventud y el pueblo se ha infiltrado un cierto fatalismo; pero los financieros siguen ganando dinero, el potencial económico de Europa crece. La oligarquía financiera europea ha tropezado con la oligarquía financiera americana en las zonas petrolíferas de todo el mundo, en los mercados agrícolas y ganaderos de Sudamérica, en las zonas del caucho y del uranio, incluso en las zonas forestales. El choque más violento se dio entre USA y Francia en la zona petrolífera del norte de África y Argelia fue la encarnación del choque. Y entonces, con la reactualización del general De Gaulle se reactualiza el independentismo europeo en el que se alistan una serie de ingredientes aletargados durante años y años: intelectuales en crisis, financieros con futuro, partidarios del aristocratismo cultural europeo, las extensas y siempre utilizadas clases medias, etc., etc. allí donde los americanos no han conseguido instalarse a fondo, germina con mayor claridad «la tercera posición»: es en Francia. Italia, y sobre todo Alemania, tienen que ir más a la zaga. La soledad de Francia, soledad al menos en una postura decididamente al margen de la batuta americana, lleva a ese *flirt* francosoviético cuya profundidad nadie presume y que responderá, en último término, a la profundidad de la zanja que separa a Francia de USA y a su oportunismo. Europa para los europeos: éste es el paso previo político que De Gaulle propone a un mundo que tiene ante sí planteado el dilema de «el mundo para los americanos o para los rusos». Si nos quedamos en la pura apariencia, la posición de De Gaulle es un alivio. Pero en el momento en que esta palabra asoma la *a*, ya denuncia lo oportuno de su función. Un *alivio*. Era lo que Europa necesitaba, la promesa de una *belle époque* política que garantice la *belle époque* del consumismo, de los electrodomésticos a plazos y el coche utilitario, las vacaciones pagadas y el exotismo de una juventud con melenas y guitarras. Europa empieza a cansarse de los extraeuropeo, de estos asuntos, de estos temas; son cosas de rusos y americanos, a lo sumo concierne a los chinos, pero poco. Europa prepara cada viernes su fin de semana. Seguimos hablando de la misma Europa, de la Europa de la clase media y el obrero especializado; de esa Europa en la que el bienestar ya hace considerar al pobre como a un tonto que no ha

sabido aprovechar las oportunidades que la vida le ha brindado. De esa Europa que ya empieza a considerar la cantidad de verdad que había en la afirmación del periodista americano Walter Linn, quien aseguró que la ley de la oferta y la demanda había sido inspirada a Adam Smith por Dios, como el Evangelio a los evangelistas.

LA NUEVA “BELLE ÉPOQUE”

Y sin duda la nueva *belle époque* ha llegado más compleja y cínica que las anteriores. En Europa reina el confort en los hogares y en los cerebros. La prosperidad ha alejado el espectro de la revolución social, del comunismo. Todo ello se ha notado en síntomas importantes y en otros que lo son menos. Un síntoma importante: la casa Krupp ha convertido a Polonia y la URSS en dos de sus principales clientes; un síntoma menos importante: el semanario izquierdista francés *L'Express* es menos izquierdista, porque los intereses financieros que se esconden tras él (el acaudalado Mendes-France uno de ellos y la Banque Lazard, otro) ya no necesitan jugar la carta izquierdista en un momento en que hay franco diálogo entre la izquierda y la derecha y París recibe triunfalmente al matrimonio de cosmonautas rusos. En casi toda Europa es fácil casi todo. El verano promete el placer de una nueva vida de dos o tres semanas, el hondo olvido del mar y la plácida perspectiva de naturalezas más o menos en reposo. Pero este cuadro edénico tiene tanta raíz como la tuvieron los cuadros edénicos de las anteriores *belles époques* europeas. Porque, ¿qué pasará cuando todos tengan que dar la cara? ¿Qué pasará cuando los americanos reclamen todo lo que han dado? ¿Qué pasará cuando los partidos comunistas del tercer mundo reclamen a la URSS su fidelidad a lo largo de casi cincuenta años? ¿Qué hará entonces el general De Gaulle? ¿Adónde iremos todos a pasar el fin de semana?

Manuel Vázquez Montalbán

Siglo 20, 6 de junio de 1965, p. 22-26